



Lelo

casi un cuento

EL CURA MACHO: ENTRE LA REALIDAD Y LA LEYENDA

En la Era de Mota hay un drago y junto a este una Ermita. Claro que siendo más serio y reverente bien podría decirlo de otra manera. Por ejemplo: En la Era de Mota hay una Ermita y junto a esta un drago. Pero como quiera y según dicen los entendidos que el orden de los factores no altera el producto, lo mismo da decirlo de una manera que de otra porque el resultado, desgraciadamente, es que ambos están en un cruel y triste abandono. Y la causa, por lo que sabemos y como siempre, es que los herederos no se ponen de acuerdo y mientras tanto, el tiempo con su gran aliado natural, los elementos: lluvia, sol, viento,... pasan devastando y destruyendo todo lo que nosotros con nuestra desidia no cuidamos y abandonamos. Como es lógico suponer, esto no siempre fue así y el Oratorio, como se le conoce también, tuvo su momento de gloria y de esplendor. Se celebraban misas, aunque había que pagarlas, que no era nadie mi hombre para las perras. Se festejaba a la Virgen de la Salud y en el rellano o teso que hacía de plaza se exhibían una especie de papagüevos muy rudimentarios que hacían las delicias de pequeños y mayores.

En definitiva, que había movimiento. Había vida. Pero un mal día murió su artífice y comenzó la cuenta atrás, la decadencia. Murió tempranamente su dueño y mentor, Cristóbal Suárez González. El cura macho. Y aquí queríamos llegar.

De pequeño y con mis primos jugueteábamos por aquellos alrededores, incluyendo la casa y terrenos de mis tíos, las cuevas de Lolita "la esparragona" (a propósito, algún día habrá que hacer un estudio antropológico o como se llame de los dichetes o nombretes de nuestro pueblo, porque son de una mala leche del carajo) y a pesar de que las puertas del Oratorio estaban casi siempre abiertas, nosotros apenas entrábamos porque nuestros tíos nos tenían amenazados y acojonados con dicho cura, que aunque se había muerto hacía una parva de años, aún deambulaba en la memoria y

subconsciente, al menos, de mis parientes más viejos. Claro que ellos lo hacían más que nada para que no nos excediéramos en nuestras mataperrerías y no se nos ocurriera romper nada de lo



Drago entre la maraña del Oratorio de la Virgen de la Salud-Era de Mota.

que allí había: cuadros, tallas flamencas, crucifijos. Lo cierto es que con estas amenazas y nuestras calenturientas fantasías fuimos creando un personaje a nuestro gusto o como se dice ahora, a la carta. Un personaje entre angelical y diabólico que con el tiempo lo hemos ido nacionalizando y humanizándolo y, en consecuencia, volviéndolo más confuso si cabe. Veamos:

Unos decían, tal vez los más tibios, que lo de cura macho le venía porque ayudaba a sus padres en las tareas del campo y que con la misma que oficiaba la misa se remangaba la sotana, cogía la palilla y se ponía a plantar papas o enyugaba a las vacas o bueyes, dependiendo, y se ponía a arar tierras como si nada o arrancaba con los animales para las cumbres como era frecuente por aquella época, o sea, que no le hacía ascos al trabajo.

Otros, que recién salió del seminario (que se lo costeó una condesa o marquesa ricachona y caprichosa que moraba en Las Haciendas) lo destinaron a Agaete cuando apenas había gentes y mucho menos carretera y se negó en redondo, porque él era hombre de tierra adentro y no estaba por evangelizar a cuatro almas de Dios, barqueros ellos, medios negros y salvajes que sólo se alimentaban de pejines y jareas secas. Eso sí, tuvo el detalle de convocar a la feligresía, decirles una misa, saludarlos y despedirse sobre la marcha. Y los mismos arrieros que lo llevaron a Agaete lo devolvieron a Las Palmas, no sabemos si el mismo día o dos o tres días después. El caso es que por esto lo arrestaron una temporada, prohibiéndole parroquia y misa. Pero como hábito y monje son indisolubles y la rabia y el despecho puede mover montañas, él, ni corto ni perezoso y con la ayuda de sus padres, familias, amigos, supongo, se construyó su Ermita, su negocio.

Los demás o los mismos decían y dicen que lo de macho era porque cuando la curia le quitó el arresto y lo destinaron a Las Tirajanas era común encontrárselo montado en su yegua torda, con escopeta en bandolera ahuyentando y soliviantando a los boyeros que le tenían auténtico pavor porque en eso de leyes, lindes, mojones, se movía como pez en el agua. Porque además, era de dominio público que con malas artes o peores mañas se adueñó de una finca propiedad de unas viejitas santurronas y solteronas, también de Tunte ellas. Al parecer lo nombraron apoderado o albacea y cuando murieron estas ancianas, en vez de pasarles la propiedad a sus legítimos herederos, sencillamente se la quedó. Imagínense la influencia y sabiduría de un cura de principios del siglo XX.

Y los más conspicuos, o mejor dicho, las más conspicuas, porque esta es la versión más femenina o novelada que yo he escuchado por estos lares, era que el Obispado lo desterró o lo arrestó en la Era de Mota porque tenía una tía, sobrina, hermana,... que era madre soltera y esto era intolerable e imperdonable para un buen e intachable sacerdocio. Y como para rematar la faena, los defensores de esta versión añadían que él mismo era ligerillo de bragueta y en un cura estaba pero que muy feo, carajo.

Y de aquí y de más cosas que no sabemos, que ignoramos y que callamos le viene lo de cura macho. Sea como fuera, fue todo un personaje apasionante, de leyenda; y lo más importante: valsequillero, nuestro.